

El terror

Por Fernando Butazzoni

En una mañana tranquila la muerte puede también, en este mundo, llegar con un bombazo ciego. A veces pasa. Eso fue lo que ocurrió hace pocos días: un pequeño grupo de asesinos profesionales cumplió una vez más con su ritual de sangre y destruyó vidas y bienes de una manera en apariencia irracional y por ello mismo aún más atemorizante.

Aclaro que la presunta irracionalidad de los terroristas es sólo aparente, pues en realidad cada uno de estos actos tiene un fin preciso y forma parte de una estrategia de avasallamiento y dominio, que cuenta con el miedo de la comunidad internacional como uno de sus principales aliados. Cada uno de esos actos terroristas pretende infundirnos miedo y socavar nuestro estilo de vida, nuestras convicciones, nuestra fe. Cada bomba es un crimen contra el hombre y es, por lo tanto, una grave ofensa a Dios.

Voy a contar, procurando que la indignación no distorsione mi texto, la forma en que una familia completa murió a causa del ataque terrorista del otro día, que fue tan insensato como cualquier ataque terrorista, tan gratuito y feroz como los otros. Es verdad que Montevideo queda muy lejos del lugar de las explosiones, y es cierto también que imaginar esa masacre puede ser un ejercicio sin objeto, pero creo que transmitir mediante la escritura —aunque sea de forma parcial y defectuosa— el espanto de tantas víctimas inocentes, es un deber de quienes hemos recibido el don de la palabra. Y es una advertencia.

Hay pocas imágenes del espanto vivido luego de los bombazos, y esto es así porque los servicios de inteligencia de EEUU y de Gran Bretaña se han ocupado de evitar que las fotografías y filmaciones que muestran la devastación causada por la sevicia de los terroristas lleguen a los medios masivos de comunicación. Dicen que desmoraliza. Igual, los detalles del episodio se han filtrado y algunos periódicos —entre ellos *The Independent* de Londres— los publicaron, aunque lo hicieron de forma por demás escueta, quizá temiendo las represalias de Scotland Yard y la CIA.

Esta historia dura dos minutos. Comienza a primera hora de la mañana, cuando una mujer de 39 años, llamada Kale, madre de dos hijos, se apronta para salir de su casa. Su hijo mayor ha ido a visitar a su abuelo paterno, que vive muy cerca. Su otro hijo, también varón, ya está en la puerta de calle, esperándola. Su marido se ha marchado al trabajo un rato antes. La niebla se disipó con las primeras luces, de modo que el sol brilla sobre un cielo despejado. Es una linda mañana de verano en el hemisferio norte.

La mujer sale de su domicilio y en ese preciso instante la tierra tiembla. El ruido de la explosión debe haberla sacudido. Nunca se sabrá. Seguro que Kale teme por su hijo mayor y por su esposo. La gente corre. Hay pánico en la calle. Gritos. El lugar de la explosión no se ve desde donde ella está, pero se da cuenta que le bastará ir calle abajo unos cincuenta metros para saber qué ocurrió exactamente. Según algunos testigos, la mujer toma a su hijo pequeño en brazos y va corriendo hacia el lugar desde donde se alza una columna de humo negro, detrás de una casa de arenisca. Se cruza con un hombre ensangrentado que camina muy despacio en dirección opuesta. No hay sirenas, ni cámaras de televisión, ni periodistas, ni fotografías tomadas con teléfonos celulares. No hay teléfonos celulares. Lo único que hay es gente, mucha gente, y una lluvia de cenizas calientes. Kale llega con su hijo al lugar de la explosión y se queda allí sin saber qué hacer. Mudos de espanto, todos los vecinos comprenden que ha ocurrido una tragedia. Hay escombros, una vieja camioneta dada vuelta, llamas.

Han pasado un par de minutos desde el estallido. Muchas otras personas de las cercanías llegan ahora hasta el lugar. Se organizan los primeros voluntarios para socorrer a los posibles heridos. El aire se satura con un olor picante y desagradable. Todo es confusión y miedo. Todo es terror. Sin embargo, enseguida se corre la voz de que la casa estaba vacía en ese momento, y que nadie ha muerto a causa de la deflagración. Hay varios heridos, pero ningún muerto.

Entonces, durante dos o tres segundos, los vecinos congregados en ese lugar oyen un sonido agudo que aumenta. Muchos deben de haber comprendido que ese era el final. Dicen los sobrevivientes que se vio una sombra, una gran sombra veloz que precedió al fogonazo. La segunda bomba estalla en el mismo sitio y provoca una devastación todavía mayor que la primera. Los escombros dejados por la primera explosión se convierten en una metralla mortífera que es disparada en forma circular por el efecto de la onda expansiva de esta nueva bomba, segando piernas y torsos como si fueran tallos. La mujer de esta breve historia, una vecina del lugar que era casada y madre de dos chicos, quizá supo antes de morir que su hijo mayor y su esposo habían mordido el anzuelo, igual que ella, y estaban del otro lado de la calle observando los destrozos provocados por la primera bomba. Quizá la mujer intuyó su propia muerte, y la del hijo pequeño que cargaba en brazos. Tal vez el miedo, el terror en su estado más puro y perverso, es decir el Mal, le hizo ver esas desgracias antes de atravesarla, implacable, con un pedazo de metal del tamaño de una baldosa.

Lo que acabo de relatar ocurrió el pasado viernes 1º de julio en una aldea llamada Chechal, un remoto villorrio que ni siquiera figura en los mapas, situado en la provincia afgana de Kunar, al sureste de ese país ocupado desde hace casi cuatro años por tropas de EEUU. Ese día, cinco aviones de la Fuerza Aérea norteamericana lanzaron varios cohetes Maverick y dejaron caer dos bombas de las llamadas inteligentes sobre una casa que, “según reportes de inteligencia (transcribo palabras de la portavoz de las tropas de ocupación, la teniente coronela Jerry O’Hara) era un centro de actividades terroristas”. El resultado de ese bombardeo fue la muerte de 17 personas, todas civiles. Entre los muertos se encontraba Kale Andrai, de 39 años, madre de dos chicos. También murieron sus hijos Jamil, de 14 años y Jalal, de 5, y su esposo Tarum Arandrai, que era pastor de cabras.

La masacre de Chechal fue tan salvaje como las que ocurren a diario en otras partes de Afganistán o Irak. El gobernador de la provincia de Kunar, un colaboracionista llamado Asadullah Wafa, declaró a la agencia AP que las diecisiete personas fallecidas en Chechal murieron a causa de la explosión de la segunda bomba, lo que significa que ese supuesto “centro de actividades terroristas” no era ningún centro y no tenía en ese momento ninguna actividad. Un tal Jawed Ludin, jefe de personal del presidente afgano Karzai, aseguró que el mandatario estaba “muy triste y preocupado, pues la muerte de civiles no puede justificarse”. La tristeza y preocupación del presidente Karzai, que es un títere de las tropas imperiales, tienen sobradas motivaciones, ya que en los últimos tres meses más de setecientos civiles afganos han muerto en aquel país como consecuencia de los actos de terrorismo sistemático realizados por las Fuerzas Armadas de EEUU. De seguir así, la nueva democracia afgana se va a quedar sin votantes.

La violencia parece no tener fin. El 28 de junio un helicóptero CH-47 Chinook, que transportaba un comando de 16 soldados de la infantería de marina de EEUU rumbo a las montañas del sudeste de Afganistán, fue derribado por tropas de la resistencia. Todos los integrantes del comando murieron. Dos días antes, una patrulla de las fuerzas de elite de la US Navy (SEALS) fue emboscada y varios soldados resultaron muertos o prisioneros en esa zona. La señora O’Hara atribuyó estos episodios al reagrupamiento de una fracción del movimiento talibán, pero otros analistas han indicado que el movimiento contra la invasión está muy extendido y, aunque armado de forma precaria, presenta combate cada vez que puede. Los indicios apuntan a la venganza: el bombardeo de Chechal fue un acto de retaliación del ejército de EEUU, en respuesta a los enfrentamientos ocurridos en la región.

En Irak la situación es peor. Decenas de miles de personas han muerto desde la invasión, y no pasa un día sin que estallen bombas de todo tipo. Dave Haggard, un periodista holandés que ha escrito varios artículos sobre el curso de la guerra en Irak, ha calculado que por cada coche bomba que estalla en Bagdad el ejército de ocupación (compuesto en su inmensa

mayoría por tropas norteamericanas y británicas) dispara 2.570 misiles de distinta clase. En general, los reportes de prensa sólo informan de la explosión de los coches bomba, pero casi nunca se tienen datos de los destrozos causados por los bombardeos efectuados por los invasores con armas de última generación y costosísima tecnología: aviones furtivos, helicópteros de asalto, tanques y hasta buques de guerra situados a cientos de kilómetros de los blancos a destruir. Todo es desolación y muerte. Ahora el diario *The San Francisco Chronicle* revela que el ejército de EEUU, además de proyectiles de uranio, ha bombardeado con napalm objetivos urbanos en Bagdad y Fallujah.

Ese es el infierno cotidiano en el que tienen que vivir millones de personas en aquella parte del mundo. Por un instante, las llamaradas de ese infierno acariciaron Londres la semana pasada. Occidente se estremeció de miedo. No hubo cadena de TV que no interrumpiera su transmisión para informar de tamaña salvajada, ni diario que no dedicara su tapa a esos atentados. Las víctimas serán recordadas como las del 11 de setiembre de 2001 en EEUU, o como las del 11 de marzo de 2004 en Madrid: inocentes sacrificados por la furia ciega del terror. El mismo terror de Chechal, de Fallujah y de Bagdad. Creer que hay un terrorismo bueno y uno malo es, para decir lo menos, de una ingenuidad peligrosa. Y es moralmente reprobable. La doctrina del terror es una sola y nos puede alcanzar en cualquier momento. Algún despistado puede creer que Montevideo está demasiado lejos de Inglaterra y de Afganistán, pero ya sabemos que en el mundo de hoy la lejanía no es más que una ilusión. Chechal, una aldea que no figura en ningún mapa, es una dolorosa prueba de ello.